

«Iglesia de Italia, ¿dónde te encuentras?» La convención de Palermo

José M.^a de Vera, SJ*

Coordenadas eclesial y política

LA Iglesia italiana acudió a la Convención de Palermo (noviembre 20-24, 1995) con ánimo reflexivo y expectante. Es el tercer llamamiento al que ha sido convocada después del Concilio Vaticano. El primero fue en Roma (1976), el segundo en Loreto (1985), y esta tercera vez, en Palermo (1995).

De «Evangelización y Promoción Humana», el tema de la Convención de Roma, se pasó a la «Reconciliación Cristiana y Comunidad Hu-

* Director de la Oficina de Prensa e Información, SJ. Roma.

mana» en Loreto, y por último, en Palermo, al «Evangelio de la Caridad para una Nueva Sociedad Italiana».

Una mirada puramente semántica podría señalar el paso de temas universales, en las dos primeras convenciones a la consideración local de Palermo. Pero más allá de una lectura confinada a los temas centrales, las circunstancias de la nación y de la Iglesia italiana parecen justificar el empeño de los organizadores de colocar ambas a la luz del Evangelio.

La elección del sitio, Palermo, añade urgencia a esa búsqueda de una nueva Italia a la que los católicos deben contribuir no sólo con nuevos esfuerzos dirigidos al futuro sino también con el arrepentimiento de sus errores en el pasado.

Enclavado en el Sur del país, Palermo es una encrucijada donde los valores evangélicos han chocado con una potente organización que enarbolaba poderes fácticos de fuerza, violencia, corrupción e injusticia. Pero la línea divisoria entre las «dos ciudades» (en términos agustinianos), clara a los ojos de Dios, no aparece nítidamente a nuestras débiles miradas. Porque «el enemigo», las fuerzas antievangélicas, no se quedaba siempre fuera de los templos. Como la cizaña creció, abrazada al trigo, en buenas tierras de panllevar. Y el tiempo de la siega, cuando se distinguen ambas, no está en nuestro calendario. Fue en Palermo donde en mayo de 1993, el Papa, que sabía quiénes se encontraban entre sus oyentes, lanzó aquel grito «que le salió del corazón»: «¡Convertíos! Un día os alcanzará la justicia de Dios!». El documento preparatorio de la Convención recordaba que Palermo «es donde han ocurrido algunos de los acontecimientos más dramáticos e inquietantes de nuestro pasado». El pasado de la nación, y también de la Iglesia. Poco después que el Papa lanzara aquel grito dramático, el P. Pino Puglisi caía asesinado. Y unos meses después la Iglesia pontificia por antonomasia, San Juan Laterano, sufría el ataque despiadado de bombas mafiosas. Pero en Palermo también se sienta ahora en el banquillo de los acusados el portaestandarte de las fuerzas católicas en la vida pública. Dejando a los jueces, y en última instancia al Juez Divino, como él mismo ha invocado, si Giulio Andreotti es inocente o culpable, no hay duda de que se pone en tela de juicio un modo particular de estar en política a nombre de la Iglesia católica italiana. Un «partido católico» (la Democracia Cristiana) que se tiró al ruedo, bendecido por la jerarquía, para combatir el comunismo y defender los principios democráticos, pero que acabó con las manos sucias del barro político, la corrupción, las intrigas e incluso la duda de colusión con fuerzas mafiosas

para asegurar el voto que ellas vendían. Los últimos días de la Democracia Cristiana han sido patéticos: dos bandos a la greña para dividirse los expolios (el uso del edificio, el emblema) al alcance de las cámaras de televisión... Por todo esto, Palermo era el sitio apropiado para pensar en una nueva sociedad y en la nueva contribución de la Iglesia.

Una Iglesia en claroscuro

LOS problemas de la Iglesia en Italia, naturalmente, no están circunscritos al Sur ni a su intervención en la vida política. Según un estudio sobre la religiosidad de Italia realizado bajo los auspicios de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, sólo el 42 por 100 de la población está convencida de que hay una vida más allá de la muerte. La negación rotunda de la inmortalidad se reduce al 10 por 100 mientras que el resto (48 por 100) piensa que «quizá habrá algo» aunque no están seguros de qué será. La fe ayuda al 50 por 100 de los italianos a encontrar una respuesta a los grandes problemas de vida, pero para el 21 por 100 la religión ocupa un lugar poco importante. Un 5 por 100 se declara ateo convencido.

La práctica religiosa en estos últimos decenios, según el profesor Clemente Lanzetti, coordinador del estudio sobre «La religiosidad en Italia», muestra una clara tendencia a disminuir: la asistencia a la misa dominical está alrededor del 30 por 100. La conducta ética en asuntos financieros (9 italianos entre 10 engaña al fisco) y en materias de matrimonio y sexualidad (63 por 100 de los católicos favorecen el divorcio, 70 por 100 considera lícitas las relaciones sexuales antes del matrimonio) corroboran la preocupación del Papa por «el eclipse de lo sagrado» y «la preocupante ausencia de práctica religiosa unida a la indiferencia e ignorancia de la verdad misma de la fe» (Discurso del 2 de diciembre, 1995 a los participantes del simposio sobre «El Desafío del Secularismo y el Futuro de la Fe»).

Como en otras partes del mundo, junto a esta ambigüedad de la fe y la práctica cristiana, hay que poner en la Iglesia italiana la existencia de grupos e individuos que viven su fe en vibrante entrega. Grupos de seglares, por ejemplo, que sin hacer gala de oposición al clero, llevan a cabo por sí mismos una vida profunda de oración y acción cristiana. La Comunidad de San Egidio quizá sea la más conocida, pero no la única, asocia-

ción que mantiene excelentes relaciones con diversos estamentos de la Iglesia jerárquica al mismo tiempo que guarda celosamente su carisma y su independencia de acción. El fin de la guerra civil en Mozambique se atribuye en gran parte a la mediación de la Comunidad de San Egidio. Y si en el espinoso asunto de Argel no lograron vencer la oposición a un auténtico diálogo entre los partidos políticos, mostraron una inquebrantable voluntad por empeñarse en la mediación, en ser mensajeros de paz en las aguas turbias de la política real. San Egidio combina estas maniobras imaginativas y arriesgadas de alta política, con una extensa labor social entre los pobres, emigrantes y desheredados de Roma.

Éste es el fondo claroscuro sobre el que hay que interpretar la Convención de Palermo. Una nación agitada por la inestabilidad política y la corrupción galopante de sus dirigentes, y una Iglesia que ha perdido parte de la ascendencia que tenía en la vida política y que se encuentra debilitada en su interior. Antes de que se inaugurara la Convención de Palermo no faltaron voces escépticas que se dejaron oír en cartas abiertas dirigidas a los miembros de la Convención, y en artículos publicados en la prensa. Vittorio Messori usa el suplemento del *Corriere della Sera* para preguntarle retóricamente al Papa: «Santidad, ¿no sería mejor callarse?». Messori, que se ha hecho famoso (y probablemente rico) con la «entrevista» de *Más allá del Umbral de la Esperanza*, se queja de los «documentos kilométricos» y el «incesante hablar de la Iglesia». Cansado de tanta exhortación, Messori propone «tres años sabáticos durante los cuales todos en la Iglesia vuelvan a descubrir la virtud del silencio, del ayuno de las palabras, convenciones, simposios, asambleas...». Recuerda al Papa, a quien también invita al silencio, que en los últimos 20 años la Iglesia ha emitido más documentos que en los 20 siglos precedentes, y teme que en Palermo, una vez más, la Palabra se haga Papel en vez de Carne. Ante la inevitabilidad de la Convención, Messori termina su «documento» esperando que se hable menos de cristianismo y más de Cristo.

La ceremonia de inauguración suscitó críticas entre los que ironizaban acerca de las azafatas impecablemente uniformadas, los saludos de las autoridades (el presidente de la República, el alcalde de Palermo, la presidenta de la Cámara), y el tumulto de cámaras y micrófonos.

En medio de esta diversidad de puntos de vista, la Convención comenzó. Los participantes (2.335) se dividían en delegados de las diócesis (2.205) e invitados de la Conferencia Episcopal Italiana (130). Estaban

presentes 206 obispos, 507 sacerdotes (21,7 por 100 del total), 125 religiosas, 39 religiosos, 23 diáconos y 1.756 seglares de los cuales 451 eran mujeres y 854 hombres. La edad mínima de los participantes era 19 años y la máxima 89. Los medios de comunicación enviaron 320 periodistas, 20 fotógrafos y 60 operadores de cine-TV.

Los organizadores de la Convención habían hecho un esfuerzo para abrir la plataforma a una gran variedad de voces: sociólogos, teólogos, intelectuales, cristianos de a pie, protestantes, musulmanes, judíos y ortodoxos. Incluso oradores que abiertamente se confesaban no-creyentes tuvieron ocasión de decir cómo veían la Iglesia católica y su incidencia en la sociedad moderna. Algunos han leído en este planteamiento de la Convención el primer signo del cambio que ha experimentado la Iglesia italiana en los últimos años y su aceptación del diálogo en una sociedad donde la Iglesia ha dejado de aferrarse a su posición mayoritaria.

Síntesis del Congreso

CINCO fueron los campos de trabajo: cultura y medios de comunicación, empeño socio-político, los pobres, la familia, y los jóvenes.

Cuando el último día la asamblea general votó las conclusiones muchos de los delegados se mostraron, inevitablemente, defraudados: la discusión de cada grupo había sido más rica de lo que las conclusiones daban a entender. Aunque con abstenciones, el voto final respaldó las propuestas de los relatores.

El texto «inspirador» de cada grupo iba acompañado de propuestas «operativas». En conexión con el tema de la «cultura», por ejemplo, los delegados proponen la creación de una universidad católica en el Sur del país. El examen de la actividad de la Iglesia en los medios de comunicación de inspiración cristiana. La Iglesia tiene tres diarios al frente de los cuales está el *Avvenire* con una tirada de 120.000 ejemplares. Entre los 130 semanarios de la Iglesia, *Familia Cristiana* tiene más de un millón de lectores. Hay 255 estaciones locales de radio con 1.300.000 oyentes al día, y una nacional (Radio María) con una audiencia que se calcula en 1.700.000. Treinta y cinco estaciones católicas de TV en 14 regiones emiten sus programas a cinco millones de espectadores. A la vista de estas

(media de mano de Ferr)

(media de mano de Ferr)

José M.ª de Vera

cifras impresionantes los delegados ponían en duda su eficacia y pedían una mayor coordinación.

El tema del empeño socio-político era candente después de la reciente desaparición del partido católico y de las vacilaciones de algunos miembros de la jerarquía. Las palabras del Papa encontraron un eco claro en las conclusiones de la Convención: los católicos deben contribuir con sus valores cristianos a la reconstrucción de una sociedad más justa y más humana desde cualquier afiliación política que elijan. Pero la Iglesia, se insiste ahora, no está ligada a ningún partido político. RIP.

Al tratar del amor preferencial por los pobres, tercer campo de trabajo de la Convención, las propuestas iban encaminadas a emprender, en espíritu ecuménico, acciones compartidas con otros grupos cristianos. La Iglesia, se subraya, debe apostar por la cultura de la solidaridad en contra del neoliberalismo y eficientismo que sacrifican valores más altos.

Los problemas de la familia que mencionan las conclusiones se limitan a recomendar la preparación esmerada al matrimonio que debería ser «camino de fe compartida», y al esfuerzo por conseguir del estado una política que tutele las familias por medio de una política fiscal más justa, y el reconocimiento del derecho de los padres a elegir la educación que quieran dar a sus hijos.

El quinto campo de trabajo, «los jóvenes», encontró más dificultad a la hora de presentar conclusiones. Se reconocen las dificultades de los jóvenes que crecen en una sociedad donde la familia y la escuela (los dos pilares tradicionales de la educación) se hallan en crisis. Pero el grupo de trabajo no llegó a formular una línea de acción. El relator propuso que la reflexión sobre los jóvenes se haga con más tiempo y más recursos.

En su discurso final el cardenal Camilo Ruini, presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, recordó que aunque el análisis hecho durante los días de la Convención de Palermo señalaba debilidades de la comunidad católica en Italia, no podía ponerse en duda la vitalidad de la Iglesia italiana. «Por pudor y humildad», dijo Ruini, se han omitido los aspectos de generosidad, entrega y entusiasmo que se dan en la vida de muchos católicos y muchas instituciones de la nación. En este punto, añadió Ruini, quizá hayamos dejado en olvido la importancia de la vida consagrada en el país.

Franco Garelli, un sociólogo seglar que tuvo una de las primeras ponencias, había dicho dirigiéndose a los obispos presentes en la Convención: «No tengáis miedo a los seglares. Consideradlos como parte de la

Iglesia, y confiadles trabajos que no sean puramente marginales». Ruini se hizo eco de estas palabras en su alocución final y, seguido de aplausos, consideró las palabras de Garelli como «una invitación que aceptamos cordialmente».

¿Noche o aurora?

EN definitiva, en la Convención de Palermo la Iglesia ha querido abrirse al Evangelio y saber qué le dice el Espíritu a la Iglesia italiana. La Iglesia italiana, parecen oír los delegados en Palermo, debe aceptar su vocación de minoría —levadura, simiente— en la sociedad italiana, y renunciar al empeño de protagonismo, de poder político. La voz del Espíritu la llama a abrirse a las necesidades reales de pobres y emigrantes; a dialogar con la cultura del tiempo en términos inteligibles, proteger la familia y contribuir a la construcción de una sociedad justa. No se trata de un programa elaborado con herramientas sociológicas o intelectuales sino de una inescapable consecuencia de la fe en Jesucristo al que la Iglesia tiene que volverse en oración y contemplación.

En carta abierta a los delegados, un grupo de católicos empeñados en la vida política hablaba de la «noche de la Iglesia italiana». Cuando le preguntaron al cardenal Carlo Martini, de Milán, si compartía esa visión de la Iglesia italiana envuelta en la oscuridad de la noche, el cardenal rehusó definir el momento actual de la Iglesia con palabras contadas. Pero aceptando por un momento que la Iglesia pudiera encontrarse en una «noche espiritual», Martini les recordó que la noche en el Evangelio es el espacio de espera antes de que vuelva al Señor de la casa. Porque en la noche puede hacer frío, dijo el cardenal, tenemos que compartir el calor, y hablar de la aurora que cada minuto que pasa está más cercana. Palabras confortadoras de Martini que muchos delegados querrían hacer suyas.

En su discurso ante la Convención, el Papa había preguntado: «Iglesia italiana! ¿dónde te encuentras?». Si Palermo no puede dar una nítida respuesta a Juan Pablo II, al menos puede asegurarle que han renovado el aceite de sus lámparas para mantener encendida la mecha de la esperanza en la vigilia de espera a que el Señor vuelva.